

FILMS DE AMOR

Matrimonios a prueba



NÚM.
103

25
CTS

Norman Kerry - Sally Eilers

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

BARCELONA

AÑO V

NÚM. 603

MATRIMONIOS A PRUEBA

(Trial marriage, 1927)

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título interpretada
por el simpático artista de la pantalla

NORMAN KERRY

EXCLUSIVA
PRINCIPE FILMS

Aragón, 249

Barcelona

R. PARTO

Oliverio Muthy..... NORMAN KERRY
Fernando Bannister..... SALLY E LERS

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Colectiune Ud. la Seleccion de
FILMS DE AMOR

50 continos

El templo de Venus
Sacrificio
Las Garas de la duda
Ropero de Hensau
La esposa compada
El juramento de Ingaridic
Buda, el Profeta de Asia
La princesa que amaba al amor
La hija del Brigadier
La mujer que ama amor
La hora del mar
Rugito
La que no sabe amar
Una aventura de las Candelinas
Cuando las hombres aman
El caballero de la rosa
Los cadetes del Cesar
Las amoras de Madrid
Valencia
La tragedia del goyoso
El cuarto mandamiento
Oscar
Tirulic
Elor del desamor
Lancos del goyoso
Buce el amor y el deber
La vida privada de Helica de Tappa
La rosa de California
Noche magica
La fragil voluntad
El jardin de Alis
Tres pecadores
Los espias de la Bombadour
La casa del horror
Reasurccion
Mendocinos

M. Philbin
Ray Compton
Leda Gila
Lew Cody
Alice Ford
G. Jacques
Himman Ray
A. Keanon
Mora Liragor
Barrymore
Doris Keown

R. Jannigan
A. Morcodo
M. Soriano
F. Duelle
J. Catalin
Lena Rich
Robert Corneille
M. Baldeila
G. Roman
Mary Carr
D. Berlin
O. O'Brien
Vilma Banks
H. Shawar
H. Novario
R. Corras
Luis Alonzo

Lucia Alonzo
Jacobus
Clara Swanson
Alisa Tarray
Pola Negri
Lena Reid
Luis Choney
Doris de la Rosa
Wigilstein

Mendocinos
Reasurccion
La casa del horror
Los espias de la Bombadour
La casa del horror
Reasurccion
Mendocinos

SOLICITAMOS CORRESPONSABLES
Geramos algunos sellos y coleccionas completas, precio
cualquier del importe en sellos de correo. Remitan cinco centimos
para el certificado. Direccion: Gualis
Biblioteca Films Apartado 707 - Barcelona

En los viejos tiempos que pasaron de mu-
da, el matrimonio era una institucion seria
y formal, que en ciertos casos tenia un vago
parecido con una condena a cadena perpetua; pero hoy ha perdido aquel aspecto, o,
mejor dicho, si queremos emplear el termino
himo, ha perdido aquel prestigio, y actual-
mente el matrimonio es algo así como un ba-
te, en que cada parafra cambia a menudo de
compañero. Las muchachas modernas, entre
las locuras del "jazz" y la virginidad de
los deportes, olvidan sus deberes de madres y
de esposas, y el hombre moderno que, por
casualidad, pretende de ellas la antigua so-
riedad, corre el peligro de pasar como un
petimetre.

Uno de estos últimos era Olivero Molloy,
una figura imprescindible en los salones.

PRIMERA PARTE

Amigo de la buena mesa, de los complicados "coktails" y de las lindas muchachas, pero procurando conservar siempre incólumes la cabeza y el corazón; en una palabra: un verdadero muchacho a la moderna, que no daba al amor más importancia que a la de uno de sus coches preferidos.

Como casi todos los días, se habían reunido en la mansión de los señores Bannister, y mientras las mamás y las señoras serias se agrupaban para comentar sobre cada uno de los invitados, la gente se divertía locamente. De pronto, todas las miradas se dirigieron a la puerta: acababa de entrar Oliverio Molbry, y su presencia suscitaba, como siempre, la más extremada curiosidad. Con un gesto de elegancia, se acercó a la dueña de la casa y le dijo:

—Veo que mi futura mamá política goza de perfecta salud—. Y, mirando a su alrededor, siguió diciendo: —Y mi futura esposa, dónde está?

La futura esposa de Oliverio era Fernanda Bannister, una muchacha "dernier cri". Su abuela la hubiera encontrado escandalosa; su madre, alocada sencillamente, y sus amigos la encontraban encantadora. Sin embargo, Fernanda no era lo que parecía, aun cuando ella misma lo creía. Aquella alegría alocada, aquel temperamento, dispuesto siempre a reanudar las más extravagantes ocurrencias, pe-

seña un fondo bien distinto, un fondo manso, dulce, de mujer a la antigua, que nadie se había aventurado a sondear y que un buen fisiólogo no hubiera tardado en descubrir.

Al oír a su novio corrió hacia donde él estaba y le dijo a su madre, después de haber saludado a Oliverio:

—Mamá, ¿no es verdad que Oliverio es el mejor de todos los novios que he tenido?

—Todos me han parecido iguales—respondió la buena señora—. Lo único que deseo es que tú seas feliz.

—Y lo seré—respondió la joven—. Me parece que Oliverio es el hombre que me conviene.

Y no obstante decir esto Fernanda, pensaba interiormente que el amor de aquel joven no hacía precisamente latir su corazón con ese dulce sentimiento que ella había soñado en sus tiempos infantiles. Pero Oliverio era elegante, rico, admirado por todos, y todas estas cualidades satisfacían la vanidad de la muchacha y se creía feliz. No pudo estar mucho tiempo separada de la reunión de sus amigos, porque éstos habían llenado sus "coktails" y exigían su presencia para brindar.

Cuando Fernanda tomó su vaso, los amigos exclamaron:

—¡Por Fernanda y por su novio actual!...

¡No es el primero, pero debemos desear todos que tampoco sea el último!

—Sin embargo, yo debo ser el afortunado —exclamó Oliverio—. Hago el número trece...

Una carcajada general acogió aquellas palabras y en medio de aquel griterío apareció una preciosa muchachita, en cuyos ojos se adivinaba su alma inquieta y juguetona. Se acercó a la señora Bannister y le dijo:

—Me he tomado la libertad de traer a un buen amigo mío, tía Magda. El doctor Thorvald...

Aquella chiquilla era Celia Logan, tan encantadora como su prima Fernanda, y como ella, muchacha de amplios horizontes, como se dice actualmente a las jovencitas del pelo recortado.

En contraste con ella, su acompañante era todo lo contrario. Educado en el estudio y en la austeridad, Eugenio Thorvald era, en la dorada mentira de aquellos salones, una excepción, un verdadero mirlo blanco.

¿Fue efecto del ambiente? ¿De la alegría que resplandecía en ella? ¿De la dulzura de su mirada? No lo hubiera podido decir el joven doctor. Lo cierto es que desde que vio a Fernanda se sintió impresionado por su belleza y atraído hacia ella por un poder misterioso. La coquetería de aquella joven le molestaba; hubiera querido poder sacarla de



Por un instante Eugenio perdió el dominio sobre sí mismo

allí, de aquella atmósfera viciada por el humo de los cigarrillos y atolondrada por la estridente música moderna. Fernanda, ajena a aquella inspección, seguía siendo el "clou" de la fiesta. Todos los invitados quería bailar con ella, y para no preferir a ninguno, exclamó:

—Lo siento, muchachos, pero puedo bailar con todos... De modo que voy a bailar para todos, que viene a ser lo mismo.

En efecto, la música empezó a tocar un charleston y la joven, adoptando las más ex-

trañas figuras, siguió el ritmo, si ritmo se pueda llamar a las estridencias y desentonadas notas que lanzaban los músicos.

Eugenio se acercó a Celia y le dijo:

—Su prima me parece simplemente encantadora...

Cuidado, amigo—le amenazó deliciosamente con su dedo la joven—. Haría usted mal en enamorarse de ella... Sería usted "uno más" en su corte de amor.

El baile de Fernanda había terminado y la orquesta, por rara casualidad, entonó un baile rítmico. Fernanda, que hasta entonces no se había fijado en el doctor, se dio cuenta de su presencia y se acercó a él, atraída, más que por nada, por su seriedad y le dijo coquetamente:

—¿No será usted lo bastante amable para sacarme a bailar?

—Muy agradecido a su preferencia—respondió el doctor, enlazándola por el talle, a la vez que se lanzaba entre los demás bailarines.

Para Fernanda, aquél era un nuevo hombre que quería incluir en su lista de enamorados; pero su seriedad constante, su fingida indiferencia, la exasperaban y empleó todas sus artes de perfecta coqueta para rendirlo a sus encantos. Por un instante Eugenio perdió el dominio de sí mismo y sus labios fueron acercándose a los de la joven, que se los ofrecía

con una sonrisa de valquiria. Mas se dominó y siguió el baile, afectando la misma tranquilidad de antes. Fernanda, astutamente, consiguió apartarse del resto de los invitados, y cuando se quedó sola con Eugenio, le dijo:

—Me parece que a usted no le gusta mucho nuestra fiesta.

—Al contrario—respondió galantemente el doctor—. Estoy encantado y agradecidísimo a su prima por haberme traído. Por lo menos, he conocido a una mujer encantadora.

—De verdad le parece encantadora?—le preguntó ella dirigiendo una tierna mirada, capaz de hacer perder la serenidad a otro hombre que no fuera Eugenio.

—¿Puede usted ducarlo?

—Entonces, ¿por qué no me besó antes?

—Porque no tengo por costumbre beber en las fuentes públicas—respondió secamente Eugenio.

Fernanda se levantó y le volvió la espalda, sin decirle palabra. Eugenio la vio alejarse y sonrió interiormente, pensando que aquella mujer aparentaba una cosa muy distinta de lo que en realidad era.

Apenas había pasado un cuarto de hora cuando se presentó de nuevo Fernanda y le dijo:

—Antes me dijo usted unas palabras ofensivas... Quisiera saber si fué una impremeditación o una grosería...

Eugenio se acercó más a ella y, mirándola fijamente a los ojos, le respondió:

—Ya que estamos en plan de confidencias, dígame... ¿Qué piensa usted de mí?

—Desearía que antes me diese usted su opinión sobre mí—exclamó Fernanda.

—Será usted satisfecha—respondió el doctor—Soy demasiado franco para ocultar a nadie mis pensamientos.

—Y sus pensamientos sobre mí?

—Son de que es usted una mujer como tantas... Le gusta jugar con fuego, sin advertir que es muy fácil quemarse.

—En cambio, usted—exclamó Fernanda—, me parece incapaz de jugar con nada.

—Quizá tenga usted razón. Pero siempre he creído que en el mundo hay cosas más elevadas que los juegos a que se dedica usted y sus amigos.

Las palabras del doctor producían en la joven una inquietud extraña. Apenas si conocía a aquel hombre y, no obstante, sentía hacia él una simpatía extraordinaria. Comprendía por sus palabras lo distinto que era a cuantos jóvenes había tratado y, sin saber dominar su pensamiento, se lo expresó diciéndole:

—No sé por qué será... pero le encuentro a usted preferible a los jóvenes que me rodean habitualmente.

—Eso es porque nadie le ha hablado como

yo. Yo he querido llegar a su corazón, verlo bueno que en él se encierra y me he convencido de que su trivialidad puede cambiarse, si usted quiere. Para ello necesita una persona que la guíe, que la alije del ambiente en que hasta ahora ha vivido. ¿Quiere usted que...?

No pudo terminar de decir su pensamiento, puesto que en aquel momento se presentó Oliverio, acompañado de Celia, y Fernanda hizo su presentación, diciendo:

—Eugenio, el señor es Oliverio Melbry, mi prometida.

—Con que flirtando con un pretendiente, ¿eh?—exclamó maliciosamente Celia—. ¿Y qué me dices? ¿Debo admitir sus galanterías o no?

—Pienso, Celia—respondió seriamente Fernanda—, que en el mundo hay hombres demasiado buenos... hasta para ti.

—¿Quieres decir que no me merezco a Eugenio?—preguntó, sorprendida, su prima.

—Poco más o menos, eso es lo que he querido decir—le respondió sinceramente Fernanda.

Ni Oliverio ni Eugenio habían oído esta corta conversación de las jóvenes y poco después entraron nuevamente al salón, llevando cada uno en su alma un pensamiento distinto, un criterio completamente opuesto del que en principio habían sustentado.

SEGUNDA PARTE

El noviazgo de Fernanda y Oliverio era una larga sucesión de fiestas mundanas y comidas campestres. En la de aquel día, como en las anteriores, Eugenio no faltó y Celia no le dejó solo un instante hasta la hora de la comida. Fernanda, que a medida que pasaban los días, se veía más interesada por el joven doctor, quiso servirle ella misma, y lo hizo, diciéndole:

—Yo no sé sus gustos, doctor... Si me lo permite, le serviré.

—Y se lo agradeceré mucho, porque se me ha abierto el apetito.

—No es extraño — respondió sonriendo Fernanda —. Ha estado usted escuchando necedades toda la mañana.

El doctor se quedó sorprendido al verla expresarse así y le dijo:

—También me he fijado que hoy no ha estado usted tan alegre como otros días. ¿Acaso no se encuentra bien?

Y mientras comían fué preguntándole infi-

nidad de cosas e interesándose por su estado, como si efectivamente se tratase de una enferma. La comida había terminado y los dos jóvenes se separaron del grupo de los demás. hasta que Fernanda, extrañada de la solicitud del doctor, le dijo:

—¿Por qué se molesta usted por mí?... Estoy convencida de que no soy santa de su devoción.

—Santa o no — respondió el doctor, que no pudo ocultar por más tiempo el amor que en él había despertado aquella encantadora criatura —, lo cierto es que algo más fuerte que mi voluntad me empuja hacia usted... La juzgué en un principio con demasiado rigor, Fernanda... No, usted no es mala... usted no tiene la culpa de que el medio falso en que vive haya moldeado su carácter...

¿Olvida usted, acaso, que mis labios son una fuente pública? — respondió Fernanda, recordando las primeras palabras cruzadas con Eugenio.

—No olvido lo que dije, de lo cual me arrepiento — confesó el doctor, atrayendo hacia él a la joven, cuyas manos tenía entre las suyas —. Pero yo haré de ellos una copa de amor... sólo para mí. ¿Quiere usted, Fernanda?

Ella, en vez de contestar, se dirigió hacia donde tenía su coche y montó en él, invitando con la vista a Eugenio a que la siguiera. Du-

rante unos minutos continuaron en silencio, hasta que el doctor volvió a decirle:

—Fernanda, al corazón no se le puede contrariar. Estoy seguro de que usted me ama. ¿Por qué no nos casamos en seguida y damos esta sorpresa a sus convidados de hoy?

—Es demasiado prematuro — respondió Fernanda. Sería necesario pensarlo con más calma, Eugenio. Es verdad que yo le amo, como jamás había amado a hombre alguno. Para mí, usted es el primer amor de mi vida... pero somos tan diferentes...

—Eso es lo de menos — exclamó Eugenio, poseído por la pasión que en él había despertado la joven—. Lo único interesante es que los dos nos queremos.

—Pero el matrimonio es algo definitivo y yo temo no ser la esposa que usted ha soñado.

—Yo, sin embargo, estoy convencido de que sí — declaró Eugenio, poseído por su pasión—. Yo te quiero tal como eres y no seré feliz más que contigo.

Al sentirse en los brazos de aquel hombre, del único que había conseguido hacer latir su corazón a impulsos de un verdadero amor, Fernanda no supo oponerse y contestó:

—Conforme. Acepto, pero con una condición: Si a los seis meses de casados alguno de los dos está descontento, nos separaremos como buenos amigos. Quiero decir que será algo así como un casamiento a prueba.



—Así son casi todos los matrimonios modernos— respondió Eugenio, que en aquel instante hubiera aceptado las ideas más descabelladas que ella le hubiera propuesto—. Pero el nuestro será para siempre.

Y una y otro, sin escuchar más voces que las de su corazón, formalizaron aquel pacto tal y como lo habían pensado, mientras que en la casa de campo de Fernanda la intranquilidad empezaba a reinar por la ausencia de los que se habían convertido en unas horas en el matrimonio más feliz de la tierra.

—Algo tiene que haberles sucedido a esos muchachos—decía, inquieta por la tardanza, la señora Bannister—. Es inexplicable que todavía no hayan llegado.

—No te apures, tía—exclamó Celia—. Fernanda sabe volar por sí misma... Pero estoy segura de que el doctor Thorvald se encuentra en el mismo caso.

Entré tanto, Oliverio dormía tranquilamente, sin darle importancia al hecho, hasta que lo despertaron diciéndole:

—¡Despierta, Oliverio!... ¡Hay que hacer algo!... ¿No sabes que tu prometida está fuera con otro hombre? Desde por la mañana están perdidos y son las doce de la noche. ¿Qué piensas hacer?

—Si es preciso—respondió Oliverio indiferentemente—, saldremos a buscarlos.

Pero no fué preciso, porque en aquel mo-

mento se presentó la perdida pareja, y Oliverio, creyéndose en el caso de reconvenir a su prometida, la dijo, encarándose con ella:

—Ya veo que te has dado prisa por volver... por si estábamos impacientes.

Pero la muchacha, a las palabras de su antiguo prometido, sonrió, a la vez que causaba la sorpresa de todos diciéndola:

—Oliverio, ya no eres más que mi ex novio. Te presento a mi marido.

¿Eso no será verdad?—preguntó alarmada Celia—. Supongo que no pensarás dejar plantado a un hombre como Oliverio.

—No tengo más remedio, pueslo que desde hace unas horas soy la señora del doctor Thorvald.

Y, ante la sorpresa de cuantos habían asistido a la escena, Fernanda se cogió del brazo de su esposo y salió de la estancia, seguida de su madre, que quería inquirir detalles de aquel acontecimiento, tan imprevisto.

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

SOBRE INFANTIL 15 »

¡DÍDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN!
Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

TÉRCERA PARTE

Desde el día de su boda, Fernanda cambió por completo. Su cambio había sido radical. Dejó de asistir a cuantas fiestas la invitaron y se había convertido en una esposa ideal, que cada día se hallaba más enamorada de su marido.

Los días se hicieron semanas, las semanas meses y el matrimonio a prueba de Eugenio y Fernanda seguía... a prueba.

Una noche, en la casa de al lado, propiedad de Oliverio, se daba una espléndida fiesta benéfica, a la que había sido invitada Fernanda, y ésta trataba de convencer a su marido para que la llevase, diciéndole:

—Ya sé que no quieres que vaya a ninguna parte... Pero creo que por pasar a la casa de al lado a ver la fiesta de caridad no me comerá ningún pedazo.

—Si tanto interés tienes —le respondió Eugenio—, por mí puedes ir.

Ella se acercó a él mimosa y le dijo:

—No es eso lo que quiero... Sabes perfectamente que no iré si tú no vienes.



Vienes que ni enviado p. r. la providencia.

—Yo no pienso volver a ninguna fiesta, y menos aún a las que da ese Oliverio.

Fernanda se sintió resignada y exclamó:

—Entonces, nos quedaremos en casa, como siempre... y, como siempre, telefonearán de la clínica o de casa de algún enfermo y tendrás que marcharte... y yo me quedaré sola una vez más.

Aquél era el primer disgusto, la primera desavenencia entre los dos esposos, y él, recordando el pacto que habían hecho el día de casarse, le dijo:

—Fernanda, ¿te acuerdas del día que nos casamos?

—Naturalmente que me acuerdo—respondió ella sin comprender su pensamiento—. Hoy hace seis meses.

—Pues por eso precisamente es por lo que quiero quedarme en casa esta noche. Me gustaría pasar la velada aquí, en familia, al lado tuyo. ¿Recuerdas nuestro estúpido contrato?... Ya han pasado seis meses y ni por un momento hemos tenido la idea de separarnos. Somos los dos esposos más felices del mundo y tanto tus temores como los míos han desaparecido.

No hacía media hora que los dos esposos dialogaban recordando los tiempos en que eran novios, ya había olvidado por completo Fernanda la idea de salir, cuando, de pronto, el timbre del teléfono sonó con insistencia, haciéndole exclamar:

—¡Nuestro enemigo!... ¡Déjalo que suene!

Pero el temor de que su presencia fuese necesaria en algún caso urgente obligó a Eugenio a ir al aparato, y después de hablar un instante, le dijo a su esposa:

—Es de la clínica... Dicen que es un accidente de automóvil... dos heridos graves... No puedo dejar de ir, compéndelo, Fernanda; sería un caso de conciencia, casi un crimen.

—Que los cure el médico de guardia—exclamó Fernanda, que ya veía pasarse la ve-

lada sola—. ¿Acaso no es otro crimen el que tenga yo que quedarme sola?

—Es muy diferente—respondió Eugenio—. Yo te prometo volver en seguida.

Y, sin dar más explicaciones, tomó el sombrero y salió hacia la clínica, donde dos hombres esperaban a la ciencia, ¡quién sabe si para salvar sus vidas!

CUARTA PARTE

Fernanda, en aquella noche que se cumplía el sexto mes de su matrimonio, volvía a quedarse sola, sin más compañía que su pensamiento, mientras que allí mismo, en el jardín contiguo, la fiesta de caridad organizada por Oliverio reunía a su antiguo del mundo, del que ella creía que no debía haberse alejado.

Sin pensarlo más tiempo, se vistió y se encaminó hacia la casa de Oliverio. La fiesta, a pesar de todos los esfuerzos del joven propietario, no resultaba todo lo lucida que hu-

biese querido y no por falta de espectadores, sino por falta de espectáculo, por falta de una persona que animase con su presencia y sus ocurrencias el espíritu decanilo de los invitados. En aquel instante fué cuando Fernanda hizo su aparición, haciendo exclamar en un grito de alegría a Oliverio, que le dijo:

—¡Vienes que ni enviada por la Providencia, Fernanda!... Nos ayudarás a salvar nuestra fiesta, ¿verdad?

—Ya sabes, Oliverio—respondió ella—, que vengo solamente como invitada y que, además, estoy casada.

—Si ya sé que tu marido quiere monopolizarte, pero eso no será obstáculo para que animes nuestra fiesta, en favor de los pobres.

Los demás invitados insistieron también y Fernanda terminó por acceder a lo que le pedían. Sus palabras fueron acogidas con general algarabía y sus más íntimos corrieron a decir a Oliverio:

—¡Estás salvado!... ¡Fernanda accede a bailar, gracias a nosotros.

En efecto, desde aquel instante la animación fué extraordinaria. Fernanda había vuelto a ser lo que en otro tiempo y la música, enervando sus sentidos, la hizo bailar a su compás los excéntricos bailes de moda, mientras era coreada por las voces de los invitados.



Si se preocupara del desconcierto en que dejaba a su pobre esposo

En aquel instante se pensó de regreso Eugenio, quien, al no ver a su esposa en su casa, sospechó que ésta se habría dirigido a casa de su antiguo novio. Fué a ella y preguntó:

—¿Sabe usted si está aquí Fernanda?

—Estaba aquí hace un momento, pero se ha marchado, no sé adónde—le respondió Celina.

—Entonces, me detendré a ver un poco la fiesta.

E hizo ademán de entrar. Mas Celia se lo impidió, diciéndole:

—No entre usted... No es nada que valga la pena.

Pero Eugenio ya se había asomado y había visto a su mujer, quien, al notar la presencia del esposo, huyó a su casa.

Al encontrarse con su marido, éste le dijo severamente:

—¡Lo he visto todo! ¡Te he visto, olvidada del pudor, olvidada de tus promesas, divirtiéndote a esa caterva de juvenzuelos. Mi esposa actuando como una mujer de "music-hall"... ¡Es vergonzoso!

—No debes hablarme así—respondió ella humildemente—. Lo he hecho solamente por ayudarles a obtener dinero... Se trataba de una fiesta de caridad...

—Pero cuando yo me casé contigo buscaba una esposa, no una bailarina—volvió a decirle el doctor.

—No he hecho nada de que pueda avergonzarme—respondió ella—. Estaba aburrida y haje un momento... Eso es todo.

—En lo sucesivo no te aburrirás a mi lado—exclamó él sin poder contener el nerviosismo de que estaba poseído—. Hemos terminado para siempre.

Fernanda intentó disculparse de nuevo, pero Eugenio la atajó, diciéndole:

Nuestro matrimonio es a prueba. Está acordado que podemos deshacerlo cuando alguno de los dos esté descontento... y yo lo estoy... Gracias a Dios, no nos ata el lazo de los hijos.

—¿Por qué dices eso?—preguntó Fernanda llorando.

—¡Porque yo quiero para mis hijos una madre mejor que tú!

Y sin preocuparse del desconsuelo en que dejaba a la pobre esposa, sin tener en cuenta el amor que siempre le había demostrado, huyó de la casa, sin despedirse de ella siquiera.

QUINTA PARTE

A la mañana siguiente, Fernanda daba cuenta a su madre del disgusto tenido con su marido y terminó diciéndole:

—...y él me dijo que quería para un hijo suyo una madre mejor que yo.

Su madre movió la cabeza, pero sin comprender todo el alcance de las palabras de Fernanda, hasta que ésta le dijo:

—¿Es que no comprendes, mamá?... Voy a tener un hijo de él y no lo sabe siquiera.

Conmovida ante el dolor de su hija, la pobre mujer la acarició dulcemente, mientras le decía:

—Tu matrimonio ha sido una equivocación, pero no será un drama... Irás a Europa y allí, en un ambiente distinto, olvidarás.

Con el mayor sigilo se efectuó el viaje, y dos años después Fernanda continuaba en París, en compañía de un precioso niño.

Cuando menos la esperaba, recibió un día la visita de Oliverio, que le dijo:

—Leí a su tiempo lo de tu divorcio, pero como no sabía dónde estabas no pude felicitarte y lo único que hice fué felicitarme a mí mismo.

—Es que no quería que entonces se supiera mi escondite—respondió Fernanda—. Y tú, ¿a qué has venido a París?

—He venido aquí con una única esperanza, con la de encontrarte, para recordarte que aun guardo tu anillo de compromiso.

—Ya es tarde, Oliverio—respondió ella melancólicamente—. No debes pensar en mí. No quiero que nunca pueda decir Eugenio que deseaba este divorcio para casarme contigo.

—Si es por eso solamente, yo te demostraré que tus reparos son injustificados.

Y, sacando un periódico, le enseñó un eco de sociedad, que decía:

“Después de un largo noviazgo, que tuvo no pocas alternativas, ayer contrajeron matrimonio en Nueva York, en la iglesia episcopal de San Juan, el renombrado doctor Eugenio Thorvald y la bella señorita Celia Logan.”

—Ya ves que no volverán a mezclarse en nuestras vidas... ¿Por qué no hemos de continuar nosotros la novela en la página que la dejamos?... Dejemos para otros las tristezas y las preocupaciones... Yo te prometo hacerte feliz, que no es poco prometer.

—Piensa que yo tengo un hijo de él—exclamó medio convencida Fernanda—. Un hijo que ni siquiera conoce, porque no le participé su nacimiento. ¿Sabrás guardar mi secreto? ¿Serás capaz de querer a mi hijo como si fuese tuyo?

—Te lo juro, Fernanda—exclamó—. ¿Accedes?

Ella, por toda respuesta, bajó la cabeza y dejó que Oliverio besara su frente.

Tres años después en América otra vez, en la mansión de verano de Oliverio Molbry, ponían una alegría sana las risas de un niño: el hijo de Eugenio Thorvald, que había llegado a profesarle un acendrado cariño, sin sospechar que era su propia sangre. Tres años también contaba ya el matrimonio de Celia y Eugenio, que era tanto como poner una pica en Flandes. El se había casado ins-

tado por ella más que por amor, pues su pensamiento no podía apartarse de la única mujer a quien había amado. Dejaba a Celia en una casi completa libertad, puesto que no le importaba que siguiera su antigua vida de trivialidad y locuras.

Al enterarse de la llegada del matrimonio de Oliverio y Fernanda, fueron inmediatamente a saludarlos, ella con el deseo de envanecerse de haberse apoderado de Eugenio, y él con la mente llena de dulcísimos recuerdos.

La estancia para Eugenio en casa de su antigua esposa fué bien corta. La presencia de Fernanda lo turbaba y se excusó con la clínica para ausentarse.

Cuando quedaron solas las dos mujeres, Fernanda, que había sentido renacer en ella la llama de aquel gran amor, le preguntó:

—¿Eres feliz con tu esposo, Celia?

—No lo creas, hijita—respondió descaradamente su prima—. Tú lo educaste mal. Yo, en tu caso, lo hubiera dejado más aprovechable para su segunda esposa. Tú, en cambio, debes haber encontrado la verdadera felicidad con tu nuevo marido y con tu hijo.

—Sí—respondió ella—; el cariño de mi hijo me hace infinitamente feliz.

Oliverio se paseaba por la habitación, sin apartar los ojos de Celia, hasta que ésta, levantándose para marcharse, le dijo:



Como regalo de boda le entregó el divorcio

— Oliverio, ¿querías acompañar a una pobre mujer que se ha quedado sola hasta su casa, o, más bien dicho, hasta su cárcel?

— Con mil amores — repuso Oliverio, que no deseaba otra cosa que verse a solas con Celia, y cuando lo consiguió le preguntó:

— Dime, Celia... ¿eres feliz?

— ¿Y tú?

El no se pudo contener y exclamó:

— ¡Qué solemnísimos embusteros somos los dos!

No tuvieron tiempo de salir, porque en aquel instante volvió Eugenio para recoger a su esposa y Oliverio le dijo:

Estaba convenciendo a Celia para que se quedara a cenar con nosotros. ¿Verdad que usted acepta nuestra invitación?

Antes de que contestara, llegó Fernanda, desolada, exclamando:

— ¡No encuentro al niño por ningún lado! ¿Está todo el mundo buscándolo?

— Estará jugando en el jardín — dijo indiferentemente Oliverio; pero Eugenio, como respondiendo a un grito de su sangre, corrió con la madre hacia el jardín y vio que el pequeño acababa de caer al estanque. Se arrojó al agua y, momentos después, apareció con la criatura desmayada en sus brazos.

¡Muerto!... ¡Muerto! — gritó como loca Fernanda.

— No te alarmes, mujer — respondió el doc-

tor tranquilizándola —. Vive todavía. No hay que desesperarse.

— ¡Eugenio, por Dios! — le suplicó llorando Fernanda —. No dejes que se me muera!

Y Eugenio, sin pensar que salvaba a su propio hijo, luchó durante dos horas con la muerte, para arrancarle su víctima.

Ajenos casi a lo que ocurría, Celia continuaba hablando con Oliverio y no tardaron en ponerse de acuerdo. Mientras que Eugenio redactaba una receta, Oliverio le dijo a su antigua novia.

Celia, me parece que son demasiados tres años para vivir con un mismo doctor. Sube a mi despacho, que voy a proponerte una combinación.

Eugenio los vio alejarse, pero no sintió ninguna inquietud. La voz de Fernanda le hizo volverse hacia ella, que le decía:

— ¿Qué hubiera sido de mi hijo sin ti, Eugenio? Si mi niño se me hubiera muerto yo me habría muerto también de dolor.

Eugenio estrechó fuertemente la mano de Fernanda y le dijo, bajando la cabeza:

— La maternidad se ha hecho cambiar mucho. ¡Qué necio fui al separarme de ti!

— Nunca es tarde para arrepentirse, Eugenio.

— Llevas razón, Fernanda — exclamó Celia, que entró en aquel instante, seguida de Olive-

no—. Y como regalo de boda te daré el divorcio; yo también me caso con Oliverio;

La voz del niño empezó a llamar entonces a su padre y Eugenio quiso detener a Oliverio, diciéndole:

—El niño llama a su padre.

—Entonces vaya usted—respondió Oliverio—. Es a usted a quien llama.

El doctor se quedó mirando extrañado a su esposa y Fernanda le confesó:

—No te lo dije porque, como decías que querías para él una madre mejor que yo, temí que me lo quitaras.

—Tú eres madre, como todas. Las mujeres podréis cambiar, los matrimonios podrán ser diferentes ahora, pero el cariño de una madre es demasiado grande para que lo puedan cambiar los convencionalismos, Fernanda... mi Fernanda...

Y en un abrazo, el más puro de todos, ocultó Fernanda en el pecho de su esposo las lágrimas de felicidad que brotaban de sus ojos.

FIN

.....
Colección usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

LECTURA PARA TODOS

LA NIÑA BIEN

SANTIAGO IBERO

EL POLLO PERA

A. PÉREZ ZAMORA

LA CARABINA

SÁNCHEZ MORENO

EL PAVO MELÓN

M. NIETO GALÁN

UNA MUJER "CAÑÓN"

TOMÁS PRIETO

LA SEÑORITA CITROËN

R. PUENTE NEVOT

EL CASTIGADOR

JORGE RUEN

LAS NIÑAS DE ROSALES

J. REYGADAS

ILUSTRACIONES DE BOSCH

Precio:

25 cts.

PORTADA A TODO COLOR

42 PAGINAS DE TEXTO

PROFUSAMENTE ILUSTRADO

Servicios además sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remítan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona